

Para expulsar del orgulloso Olimpo  
Las caducas deidades!

»Es un nuevo planeta, que aparece  
Tras los montes salvajes de Judea,  
Para alumbrar un ancho derrotero  
Á la conciencia humana.  
¡El germen fulgurante de la idea,  
Que arrebaté al Olimpo despiadado;  
La encarnación gigante de mi raza,  
*La raza prometeana!*

» ¡ Al fin puedo morir ! ¡ Hijo de Urano,  
Llevo sangre de dioses en las venas,  
Sangre que al fin se hiela !  
Aquel que me sucede, hijo del hombre,  
Lleva el fuego sagrado  
Que eternamente riela,  
Ya lo azoten los siglos con sus alas  
Ó el viento furibundo,  
El fuego del espíritu, heredero  
Del imperio del mundo. »

Dijo, y cayó como la vieja encina  
Que troncha el leñador con golpe rudo;  
La montaña tembló, y el negro Ponto  
Se enderezó sañudo,  
Para asistir á su hora postrimera,  
Y las gentiles hijas del Océano  
Bajaron presurosas  
Y en torno á su cadáver encendieron  
De perfumados leños una hoguera.

VI.

¿Qué es aquello que cruza  
Con planta soberana  
Sembrando mundos y encendiendo estrellas

Por la extensión callada?  
Si se posa en la cumbre,  
La cumbre se despierta sonrosada,  
Como al ósculo tibio de la aurora  
Despierta enrojecida la mañana.

Si baja á la pradera,  
Dormida en brazos de la niebla fría,  
La pradera galana  
Con su velo de novia se atavía,  
Y al rumor misterioso de su huella  
Se ciñe el viejo bosque  
Su corona más bella:

Si al mar descende—que la espalda encorva  
Como esclavo sumiso  
Para besar su turbulenta planta—  
El mar abre su seno  
Y el más sublime de sus himnos canta:  
El himno con que arrulla  
El sueño de los negros promontorios,  
Centinelas inmóviles del mundo,  
Y le enseña latiendo en sus entrañas  
De las faunas y floras venideras  
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado  
Rechinan á su empuje omnipotente,  
Y se alzan en tropel á su presencia,  
Desde el fondo del caos petrificado,  
Las formas y las razas extinguidas  
En cuya adusta frente  
El ojo de la ciencia deletrea  
El verdadero Génesis del mundo,  
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:  
El mar, el monte, la desierta esfera;  
Y á su soplo creador todo se expande,



Palpita y reverbera.  
Levanta el polo mudo,  
Como un arco triunfal para que pase,  
Sus montañas de hielo,  
Y enciende presuroso  
Sus gigantescas lámparas el Ande  
Para alumbrarle el tránsito del cielo.

Él es el soberano, el heredero  
Del cetro de la tierra,  
Por su inmenso poder transfigurada.  
No hay piélago, ni abismo  
Que no rasgue su seno á su mirada.  
El guerrero inmortal que en cruda guerra  
Destronó el paganismo  
Y rompió las cadenas que arrastraba  
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina  
Encendida en las bóvedas oscuras  
De la conciencia humana,  
Que todo lo ilumina;  
El signo de una raza de titanes  
Destinada á la lucha y al martirio:  
*¡La raza prometeana!*

¡En la cruz, en la hoguera,  
En el árido islote, en el desierto,  
En el claustro sombrío, donde quiera  
Vierte su sangre á mares  
Que los helados páramos caldea,  
Su sangre que en los cauces seculares  
De la historia, desata  
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos  
En la fe y en la gloria  
Cuantos despejan la futura ruta  
Con la luz inmortal del pensamiento.

Ya mueran en el Gólgota, ya apuren  
De Sócrates severo  
La rebosante copa de cicuta,  
Ya, nuevo Prometeo,  
Al torvo fanatismo desafie  
Sobre Roma, montaña de la historia,  
El viejo Galileo.

VII.

¡Arriba, pensadores; que en la lucha  
Se templá y fortalece  
Vuestra raza inmortal, nunca domada,  
Que lleva por celeste distintivo  
La chispa de la audacia en la mirada  
Y anhelos infinitos en el alma,  
En cuya frente altiva  
Se confunden y enlazan  
El laurel rumoroso de la gloria  
Y del dolor la mustia siempre viva!

¡Arriba, pensadores;  
Que el espíritu humano sale ileso  
Del cadalso y la hoguera!  
Vuestro heraldo triunfal es el progreso  
Y la verdad la suspirada meta  
De vuestro afán gigante.  
¡Arriba, que ya asoma el claro día  
En que el error y el fanatismo expiren  
Con doliente y confuso clamoreo!  
¡Ave de esa alborada es el poeta,  
Hermano de las águilas del Cáucaso,  
Que secaron piadosas con sus alas  
La ensangrentada faz de Prometeo!



Á VICTOR HUGO.

I.

¡La negra selva por doquier! ¡el viento  
Como inquieto lebrél encadenado  
Aullando en la espesura!  
¡La noche eterna por doquier! ¡el cielo  
Como un mar congelado,  
Y el mar como una inmensa sepultura!

De tarde en tarde brilla  
De la aurora boreal el rayo frío,  
Y á su vislumbre pálida, los astros  
Que ruedan lentamente en el vacío  
Enormes buques náufragos semejan,  
Que al ronco son del trueno,  
Van llevando sin rumbo  
Cadáveres de mundos en su seno.

Hay vida en la creación, vida embrionaria  
Pero embotada y fría.—Allá á lo lejos,  
En la extensión inmensa y solitaria,  
Islas y continentes van surgiendo  
De la muriente aurora á los reflejos,  
Como monstruos del mar que se dirigen  
En confuso rebaño hacia la orilla;  
Y los montes lejanos,  
Gigantes de armaduras de granito,  
Parece que esperasen de rodilla  
El mandato de Dios, para lanzarse  
Á escalar la región del infinito.

II.

Era la edad en que la densa noche  
Del polo sobre el mundo se extendía,

La noche de la calma aterradora,  
En cuya soledad, lóbrega y fría  
Como raudal helado, dormitaba  
La savia engendradora.  
No hay noche sin mañana.....  
En el cielo, en la historia, donde quiera  
La sombra es siempre efímera y liviana,  
La nube, por más negra, pasajera;  
Y aquella noche al fin iba á rasgarse  
Como inmensa, flotante vestidura.  
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,  
La alegría del nido en la espesura  
Flotaron en la atmósfera ligera,  
Y antes de desplegar la luz sus galas  
Entonó un ave la canción primera.

Al eco de la insólita armonía  
La tierra despertó.—La selva oscura  
Con ansia de volar, batió las ramas;  
Misteriosa y extraña vocería  
Se alzó del mar en la siniestra hondura,  
Cual si ensayasen sus salvajes himnos  
La borrasca y la tromba asoladora,  
Y de la informe larva del abismo,  
Mariposa de luz, surgió la aurora.

III.

También la historia tiene  
Torvas noches de horror, como el Oceano,  
Noches glaciales en que duerme todo,  
La vida, el arte, el pensamiento humano.  
También como en la selva primitiva  
De mustias cicadeas,  
La savia del espíritu dormita,  
Sin reventar en frutos, ni cuajarse  
La flor de las ideas.



¡Qué lentas son las horas de la historia!  
¡Qué largo y qué sombrío  
El imperio del mal, cuando parece  
La conciencia pasmada  
Profundo cráter de apagada escoria,  
Desierto cauce de agotado río,  
Y en la noche callada  
No se oye más rumor que el de la orgía  
Ó el áspero crujir de la cadena,  
Mientras del cielo en la extensión vacía  
La ronca voz de los espantos truena!

IV.

Tarda el amanecer, pero al fin llega.  
¡Oh mal, no eres eterno!  
Así como en la noche de la tierra,  
Profunda noche de aterido invierno,  
El mundo despertó cuando en las ramas  
De la selva dormida  
El primer himno resonó del ave  
Que desplegaba el ala entumecida  
Presintiendo á la aurora;

Así la humanidad despierta inquieta  
En la noche moral abrumadora  
Cuando surge el poeta,  
Ave también de vuelo soberano,  
Que en las horas sombrías  
Canta al oído del linaje humano  
Ignotas armonías,  
Misteriosos acordes celestiales,  
Enseñando á los pueblos rezagados  
El rumbo de las grandes travesías,  
La senda de las cumbres inmortales.

V.

Olvidada de Dios, Judá apuraba

La copa del placer.—En sus altares,  
Los ídolos extraños recibían  
Cobarde adoración.—No era la Esposa  
Sencilla del Cantar de los Cantares,  
No era la Virgen de Israel, gallarda  
Como las palmas de Samir: ¡ajada  
La tez de rosa y ulcerado el pecho,  
Con inquietud febril se revolcaba  
Del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción, viento de muerte  
Soplaba sobre el mundo!—¡Babilonia,  
Del deleite en los brazos reclinada,  
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo  
Para blandir el hierro,  
Y á la orilla del Eufrates sentada,  
Á los pueblos vecinos daba cita  
En las lúbricas danzas del Becerro  
Ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como bacante  
Ebria al compás de báquicas estrofas,  
Al son de besos, al rumor de orgías—  
Cuando á las puertas del cerrado templo,  
Torvo y airado apareció Isaías.  
Y tronó en los espacios vengadora  
Su voz, hondo murmullo  
De rayos, fulminando  
Al crimen, á la guerra y al orgullo,  
Prediciendo á la plebe pecadora  
Largas horas de llanto, tras las cuales,  
Purificada y bella, surgiría  
La ciudad del Señor; y á Babilonia,  
Á Babilonia la soberbia, el día  
En que el Medo feroz, los vasos de oro  
Y las sedas de Persia, el arpa siria  
Con que encantaba al mundo,  
Las águilas de bronce, los jardines  
Aéreos, todo, todo,



Iba á hollar insensible  
De sus corceles bajo el casco inmundo.

VI.

Dos razas batallaban  
En campo estrecho con furor insano:  
La vieja raza de la historia, aquella  
Señora un tiempo del destino humano,  
Abuela de naciones;  
La que templó sus armas  
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas  
Del Indus y del Tigris sus legiones;  
Y la raza nacida  
Del sol levante al ósculo de fuego,  
Que llevaba en la frente  
La centella de luz del genio griego.

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja  
Esclava del destino, mar volcado  
De Tesalia en el valle sonriente,  
Avanzaba tenaz.—Ya estaba mudo  
De Maratón el bosque consagrado.  
Ya no brillaba en el combate rudo  
De Leónidas la diestra refulgente,  
Cuando la musa helena,  
La musa de alas de águila de Esquilo,  
Hendió los aires y voló á la escena,  
De la rapsodia enervador asilo,  
Y con voz que aun resuena  
Del mar Egeo en la sonora playa,  
Ceñida de laurel la sien divina,  
Al cadencioso son del ritmo jonio,  
Y entre el fragor de la feral batalla  
Lanzó el himno triunfal de Salamina.

VII.

Ya Roma no era Roma, la que un día  
Encadenó á su paso la fortuna,  
La Roma de los grandes caracteres;  
Mudo el foro, desierta la tribuna,  
En sus plazas y circos no se oía  
Más que el rumor de esclavos y mujeres  
En bulliciosa confusión danzando  
Al son lascivo de los himnos griegos,  
Ó el palmotear de cortesana impura  
Del vil histrión en los obscenos juegos.—  
Ya Roma no era Roma. No anidaban  
Del Aventino en la gloriosa cima,  
Emblema de una raza gigantea,  
Las águilas de Júpiter tonante,  
Sino en mansa, blanquísima bandada,  
Las palomas de Venus Citerea.

Dormido estaba el rayo, como duerme  
En el monte la lava rugidora  
Y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,  
Y el rayo despertó.—Vibró en la lira  
De Juvenal, no en caprichoso alarde  
De dulce verso ó de canción sonora,  
De torpe mofa ó de cobarde duda,  
Sino implacable, acerbo, burilando  
En carne viva la común afrenta.  
Némesis vengadora, el duro azote  
Alzó sobre la sien calenturienta  
De aquel rebaño humano,  
Y fué marcando con eterno mote  
Á la falsa virtud, al crimen pálido,  
Al vulgo y al tirano.

VIII.

Eclipse de la historia, la Edad Media,



Crepúsculo sin día,  
¡Pesaba sobre el mundo, como inmenso  
Torrente de tinieblas despeñado  
Del ancho cielo en la extensión vacía.  
Astro sin luz, el pensamiento, mustia  
Lámpara de un altar abandonado  
Que el cierzo helado azota,  
Al través de las sombras perseguía  
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,  
Bajó del corazón al antro obscuro  
Á descifrar la letra del arcano,  
La misteriosa cifra del futuro,  
Y con voz ora triste y ora grave,  
Mezcla á veces de cántico y lamento,  
Dijo á la muchedumbre horrorizada:  
*¡ Quien sabe de dolor, todo lo sabe!*  
Y de su siglo la conciencia helada,  
Se despertó á su acento.

IX.

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto  
La caravana humana, halla un poeta  
Que espera en el dintel, alta la frente  
Coronada de pálidos luceros,  
Sacerdote y profeta,  
Para enseñarle el horizonte abierto  
Y bendecir los nuevos derroteros.

¡ Á ti te tocó en suerte, soberano  
Del canto, inmortal Hugo,  
La más ruda jornada de la historia!  
Ya no es una nación que rompe el yugo  
De la opresión, ni el canto de victoria  
Tras las horas durísimas de prueba.

¡Hoy es la humanidad que se emancipa!  
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

¡Todo lo tienes tú! la voz de trueno  
Del gran profeta hebreo,  
Fulminador de crímenes y tronos;  
El grito fragoroso del que un día  
Encarnó, para ejemplo de los siglos,  
La idea del derecho en Prometeo;  
La cuerda de agrios tonos  
De Juvenal, aquel Daniel latino  
Tremendo justiciero de su siglo,  
Y el rumor de caverna de los cantos  
Del viejo Gibelino.

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo  
Te dió tan vasto sin igual proscenio.  
¡No hay notas que no vibren en tu lira,  
Espacios que no se abran á tu genio.  
Cantas al porvenir, y los que sufren,  
Esclavos de la fuerza ó la mentira,  
Sienten abrirse á sus llorosos ojos  
De la esperanza las azules puertas.  
Apostrofas al tiempo, y se levantan,  
Mágico evocador de edades muertas,  
Como viviente, inmenso torbellino,  
Razas extintas, pueblos fenecidos,  
Fantasmas y vestiglos,  
Para contarte en misterioso idioma  
La colosal *Leyenda de los siglos!*

¡Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:  
Profeta, precursor, mártir, proscrito.  
Gigante en el dolor, te levantaste  
Cuando en la noche lóbrega sentiste  
Temblar los mares, vacilar la tierra  
Con pavorosa conmoción extraña,  
Cual si un titán demente forcejease  
Por arrancar de cuajo una montaña.—



Era Francia, montaña en cuya cumbre  
Anida el genio humano;  
La Francia de tu amor, que tambaleaba  
Herida por el hacha del germano;  
¡Y arrojando la lira en que cantabas  
La *Canción de los bosques y las calles*,  
Fuiste á tocar llamada  
De París sobre el muro ennegrecido  
En el ronco clarín de Roncesvalles!

¡Desde aquí, teatro nuevo  
Qué Dios destina al drama del futuro,  
Razas libres te admiran y se mezclan  
Al coro de tu gloria—  
Orfeo que bajaste  
En busca de tu amante arrebatada,  
La santa democracia,  
Á las más hondas simas de la historia!  
¡Desde aquí te contemplan  
Entre dos siglos batallando airado  
Y arrancando á la lira  
La vibración del porvenir rasgado  
Ó el triste acento de la edad que expira!  
¡Y al través de los mares,  
Astro que bajas al ocaso, envuelto  
En torrentes de llama brilladora,  
Entonando tus cantos seculares  
Te saludan los hijos de la aurora!

## EL NIDO DE CÓNDORES.

### I.

En la negra tiniebla se destaca,  
Como un brazo extendido hacia el vacío  
Para imponer silencio á sus rumores,  
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,  
De nieve que gotea  
Como la negra sangre de una herida  
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
Van pasando calladas,  
Como tropas de espectros que dispersan  
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo  
En el peñasco mismo,  
Que se mueve y palpita cual si fuera  
El corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado  
De su cuello gigante,  
Que el viento de las cumbres balancea  
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,  
En cuyo negro seno  
Parece que fermentan las borrascas  
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece  
Con inquietud extraña:  
¡Es que sueña con algo que lo agita  
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle ni la sierra  
De encantadoras galas;  
Ni menos con la espuma del torrente  
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible  
Que en la noche se inflama  
Despeñando por riscos y quebradas  
Sus témpanos de llama.